



Carta del Pueblo de Guinea Ecuatorial al Papa León XIV tras su reciente visita a Nuestro País

Malabo, 24 de Abril de 2026

Santo Padre,

Le escribimos no como institución, ni como protocolo diplomático, sino como lo que realmente somos: **Un Pueblo**. Un pueblo que respira, que sufre, que espera y que, a pesar de todo, no ha renunciado a la fe. Esta carta no nace desde el poder, ni desde los despachos, ni desde las estructuras que organizan los encuentros oficiales. Nace desde la calle, desde la casa sin luz, desde la madre que reza en silencio, desde el padre que ya no sabe cómo explicar a sus hijos por qué el futuro no llega.

Su visita ha sido observada, sentida y también interpretada de muchas formas. Para algunos, fue un acto diplomático más; para otros, una señal de cercanía de la Iglesia con África. Para nosotros, ha sido una oportunidad. Una oportunidad de hablar, aunque sea tarde, aunque sea por escrito, aunque sea desde una distancia que no es geográfica, sino estructural.

Santo Padre, usted ha pisado nuestra tierra. Ha visto nuestros rostros, ha escuchado nuestras canciones, ha recibido nuestras palabras oficiales. Pero queremos decirle con claridad y respeto: lo que se muestra no siempre es lo que se vive. Existe una Guinea Ecuatorial visible y otra que permanece en silencio. Y es desde esa Guinea invisible desde donde le escribimos.

Somos un pueblo rico en recursos y pobre en resultados porque algunos han decidido que Dios les regaló el país solo para ellos y para sus caprichos. Esta contradicción no es una percepción, es una realidad diaria. No se trata de ideología, ni de discurso político, sino de experiencia vivida. La riqueza de nuestro país no se traduce en bienestar colectivo, y esa fractura ha generado una normalización del sufrimiento que ya no escandaliza a nadie dentro de nuestras fronteras.



La fe, **Santo Padre**, es lo único que no ha sido confiscado. Y quizás por eso sigue viva. No porque todo vaya bien, sino precisamente porque muchas cosas no van bien. La Iglesia, en este contexto, no es solo un espacio espiritual: es refugio, es consuelo, es comunidad. Pero también debería ser, y aquí hablamos con respeto pero con firmeza, conciencia.

No le pedimos que condene, ni que tenga que señalar con nombres propios, ni que entre en dinámicas políticas que no le corresponden. Le pedimos algo más profundo y más difícil: que vea. Que entienda que su presencia no es neutra, que su silencio tampoco lo es, y que su palabra tiene un peso que trasciende cualquier gesto protocolario.

El pueblo no necesita discursos grandilocuentes. Necesita coherencia. Necesita que la Iglesia que predica justicia no sea percibida como distante ante la injusticia. Necesita que la fe no sea utilizada como anestesia, sino como impulso. Porque la fe que no transforma la realidad termina siendo solo un consuelo temporal.

Sabemos que la Iglesia es universal, que su mirada es global, que sus tiempos no siempre coinciden con los nuestros. Pero también sabemos que cada pueblo tiene su historia concreta, su dolor específico, su contexto irrepetible. Guinea Ecuatorial no es una excepción: es un caso que merece ser entendido desde dentro, no solo observado desde fuera.

No escribimos desde el resentimiento. Escribimos desde la lucidez que da el haber vivido demasiado tiempo en contradicción. No pedimos milagros. Pedimos atención real. No pedimos soluciones externas. Pedimos acompañamiento verdadero.

Santo Padre, usted representa una institución milenaria que ha atravesado imperios, crisis, reformas y transformaciones profundas. Sabe mejor que nadie que la historia no se detiene, y que las instituciones que no escuchan terminan alejándose de los pueblos a los que dicen servir.

Por eso esta carta no es una crítica. Es una invitación. Una invitación a mirar más allá de lo visible. A escuchar más allá de lo audible. A comprender que en África, y concretamente en nuestro país, la fe no es un adorno cultural, sino una herramienta de supervivencia.



Si su visita ha de tener un significado real, que no se limite al recuerdo de un acto oficial. Que se convierta en un punto de inflexión que no debe de ser silencioso pues ni Dios ni el Pueblo son ciegos y sordomudos. Que deje una huella que no dependa de fotografías, sino de decisiones futuras.

Le agradecemos profundamente por recordar y orar por el padre **Fortunato Nsue, Vicario General de Nuestra Iglesia**, asesinado en su propia residencia en el barrio presidencial de Paraíso, en Malabo, apenas unos días antes de la llegada de Su Santidad. Nosotros tuvimos el honor de conocerle tan solo una semana antes. Su vida no era un símbolo. Era un hombre. Su muerte no es un hecho aislado. Es una señal.

Eso, Santo Padre, eso es Guinea Ecuatorial.

No como concepto. No como país en un mapa. Sino como realidad donde quienes sirven a Dios son los primeros que caen en silencio, sin respuesta proporcional, sin escándalo suficiente, sin justicia visible.

Nosotros seguiremos aquí. **Creando, trabajando, resistiendo.** No porque todo esté bien, sino porque no podemos permitirnos dejar de creer. Pero la fe también necesita dirección, necesita verdad, necesita ser acompañada por una Iglesia que no tema incomodar cuando sea necesario.

Santo Padre, esta carta no busca respuesta inmediata. Busca ser leída. Y si es posible, comprendida.

Porque al final, más allá de estructuras, títulos y protocolos, lo único que permanece es la relación entre el pueblo y la verdad. Y en esa relación, la Iglesia tiene un papel que no puede delegar ni posponer.

Con respeto, pero también con claridad,

[Javier Clemente Owono Engonga Avomo](http://www.republicadeguineaecuatorial.com) en nombre del Pueblo de Guinea Ecuatorial



“El silencio ante la verdad no es neutralidad... es participación en su ocultamiento.”

— Revolución Tecnológica™, Autor: Javier Clemente Engonga, 2025

www.republicadeguineaecuatorial.com www.republicadeguineaecuatorial.online